

GUERRERO

SIMON SCARROW y T. J. ANDREWS

GUERRERO


Carataco, rebelde a Roma

Traducción de Ana Herrera



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Título original: *Warrior*

Diseño de la sobrecubierta: 

Mapas de Tim Peters

Primera edición: julio de 2023

© Simon Scarrow, 2023

© de la traducción: Ana Herrera, 2023

© de la presente edición: Edhasa, 2023

Diputación, 262, 2^o1^a

08007 Barcelona

Tel. 93 494 97 20

España

E-mail: info@edhasa.es

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web www.conlicencia.com.

ISBN: 978-84-350-6427-9

Impreso en Liberdúplex

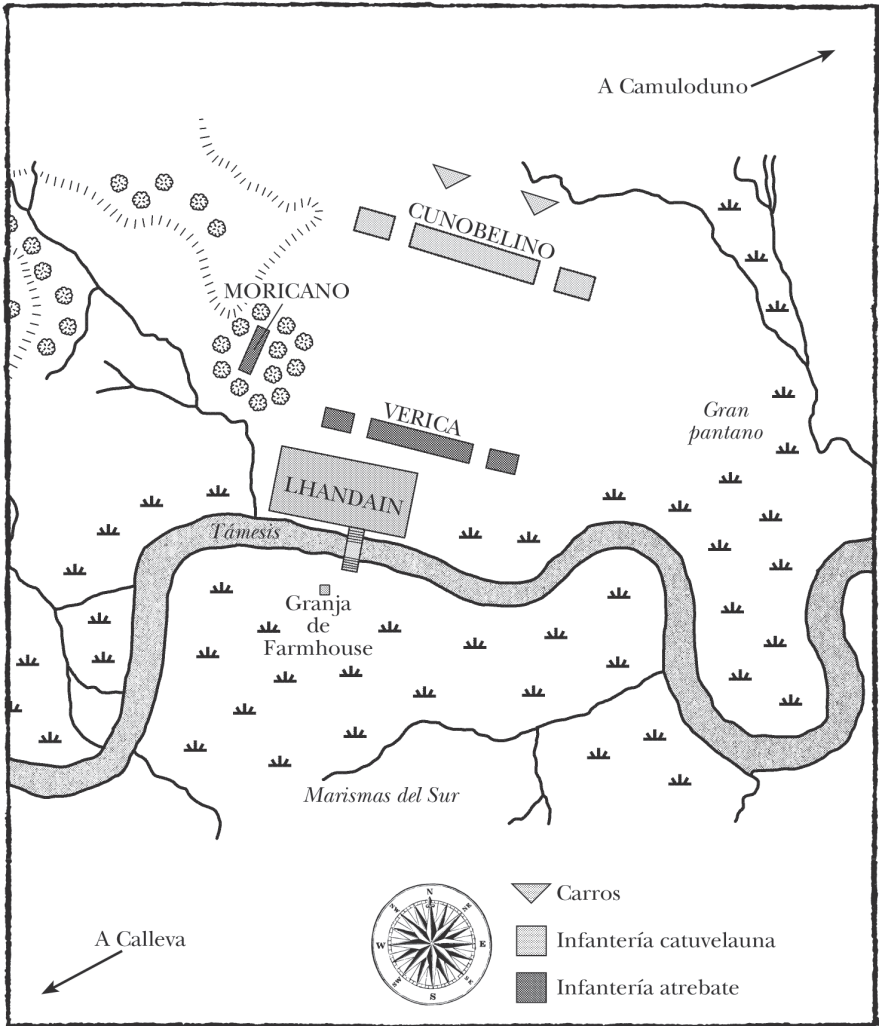
Depósito legal: B 12570-2023

Impreso en España

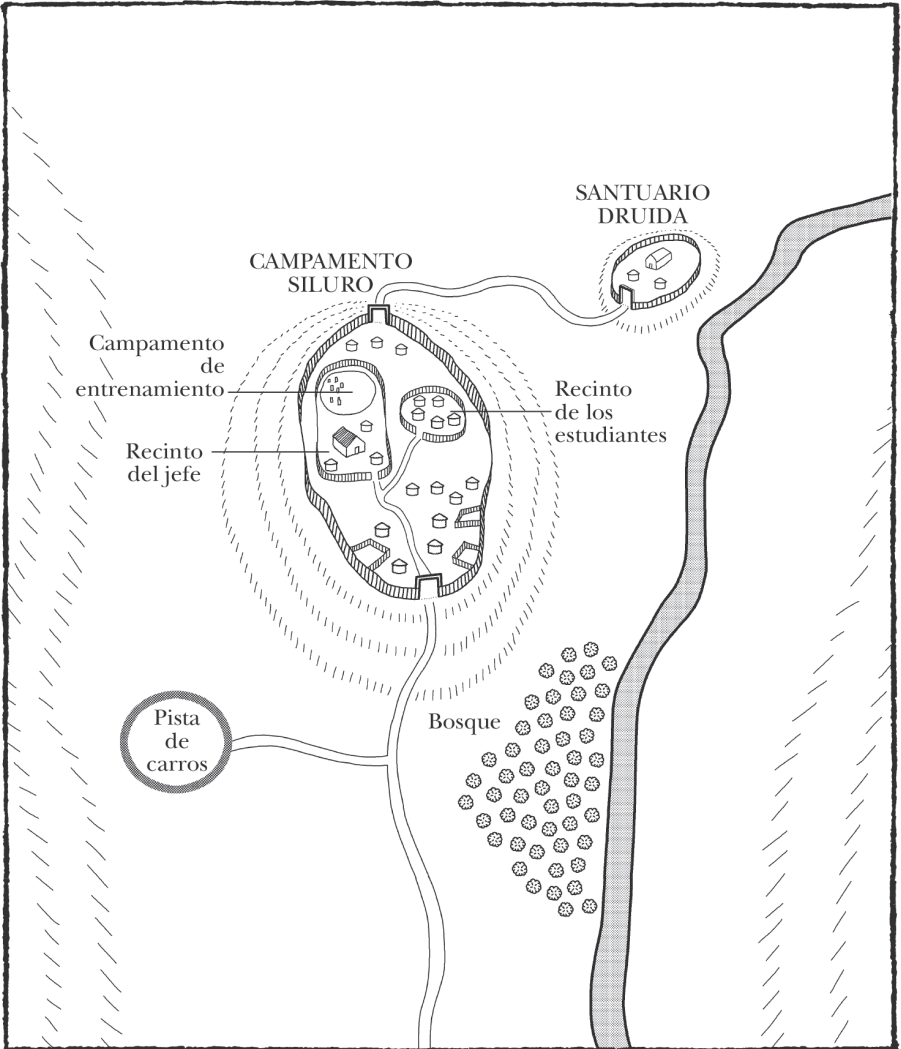
MAPA DE LA BRITANIA CELTA



MAPA DE LHANDAIN



MAPA DE MERLADION



DRAMATIS PERSONAE

En Roma, 61 d. C.

Carataco: gran rey de los catuvelaunos y señor de la guerra de Britania.

Cayo Placonio Felícito: historiador.

Nerón Claudio César Augusto Germánico: último emperador de la dinastía Julio-Claudia.

Mardicca: mujer de Carataco.

Decio Espurino Tusco: historiador en desgracia.

Aelia: mujer de Felícito.

Lugno: propietario de taberna.

Vulcatio Arárico: antiguo centurión de alto rango de la Vigésima Legión.

Marco Cominio Largo: un historiador popular.

Marco Lucrecio: hijo del senador Marco Lucrecio Saper.

Sexto Afranio Burrus: comandante de la Guardia Pretoriana.

Lucio: bebé hijo de Aelia y Felícito.

Salidus: hijo mayor de Carataco.

Davos: portero y sirviente de Carataco.

Espitara: gladiador retirado.

Britania, 18-27 d. C.

Catuvelaunos

Cunobelino: rey de los catuvelaunos.

Adminio: hermano mayor de Carataco.

Togodumno: hermano menor de Carataco.

Epático: tío de Carataco y hermano menor de Cunobelino.

Bellocato: comandante de una de las bandas de guerra de los catuvelaunos.

Parvilio: comandante de la guardia real.

Maridio: hermano menor de Carataco.

Vodeno: hermano menor de Carataco.

Dubnocato: un joven guerrero.

Garmano: un miembro de la guardia real.

Maglocuno: un guerrero veterano.

Baloras: anciano de la tribu.

Trenico: anciano de la tribu.

Atrebates

Verica: rey de los atrebates.

Moricano: príncipe y primo de Trigomaris.

Epilo: hermano mayor de Verica.

Ebórico: aprendiz de druida y sobrino del rey.

Siluros

Vortago: jefe de Merladion.

Mendax: comandante de la guardia personal de Vortago.

Dobunios

Antedio: rey de los dobunios.

Sediaco: el sobrino del rey.

Lugoveso: un guerrero que bebe mucho.

Trinovantes

Vassedo: hábil cazador y guía.

Oreno: anciano noble.

Dubnovellauno: depuesto rey de los trinovantes.

Otros

Bladoco: mentor druida de Carataco.

Nemobno: guía exiliado regnio.

Lugraco: Gran Druida en Merladion.

Segorix: druida de alto rango en Merladion.

Tejanus: gladiador retirado, guarda personal de Adminio.

Cadro: estudiante en Merladion.

Trigomaris: antiguo gobernante de Lhandain.

Vegorix: amigo de Ebórico.

Durro: amigo de Ebórico.

Bogiodubno: rey de los durotriges.

Tingeto: antiguo rey de los regnios.

PRIMERA PARTE
EL REY EN ROMA

CAPÍTULO UNO

Roma, 61 d. C.

Dicen que la historia la construyen los grandes hombres, y, cuando se les permite, las grandes mujeres. Como la mayoría de lo que se dice, esto es una absoluta estupidez. En realidad, la historia la crean los historiadores que viven asidos a las togas de los hombres importantes, con la esperanza de que parte de su grandeza se les acabe pegando. Y esta historia no es distinta.

Empezó una cálida tarde de verano en un banquete en el que se celebraban las noticias que acababan de llegar desde Britania. Al fin habían aplastado la rebelión de los nativos, que había conseguido destruir tres de los asentamientos más importantes de la provincia. Decenas de miles de enemigos habían sido asesinados junto con su líder, una arpía feroz con un nombre bárbaro.

Los festines en el palacio imperial nunca eran tan divertidos como cabría esperar. A menos que formases parte del círculo más íntimo de Nerón, los divanes donde se comía no resultaban cómodos para permanecer en ellos largo rato. Además, aunque los platos se servían a su debido tiempo, a ninguno de los invitados se le permitía empezar a comer antes de que lo hiciera el emperador, con lo cual los platos se quedaban fríos; las salsas, congeladas, y los apetitos, bastante apaga-

dos. Y estaba también el estrépito de cientos de voces resonando en las altas paredes de la sala. Para mantener una conversación, era necesario subir el tono de voz, cosa que obligaba también a los de alrededor a hacer lo mismo, y el volumen general iba aumentando progresivamente hasta que se tenía que aguzar mucho el oído para captar alguna de las palabras que decía la persona que se reclinaba justo enfrente, y, pese a gritar para hacerte oír, la voz, a menudo, amenazaba.

El único respiro de tamaña algarabía era cuando el mayordomo del emperador pedía silencio para anunciar la llegada del siguiente plato o del siguiente entretenimiento. Éste era un antiguo instructor de la Guardia Pretoriana y, como tal, poseía una voz fuerte y grave. El hombre sabía cómo hacerse escuchar, y por un momento pensé que estaba desaprovechado en palacio, pues debería haberse dedicado al teatro. No se podía decir lo mismo de su amo, cuya voz fina y aflautada apenas llegaba más allá de las diez primeras filas de asientos, a menos que gritase, en cuyo caso sus palabras surgían con un chillido estrepitoso que daba dentera.

Lo único menos tolerable aún que el ruido era el silencio forzado, y eso sucedía en algunas ocasiones, cuando el emperador decidía someter a sus huéspedes a una de sus recientes composiciones musicales o poéticas. A veces, optaba por lo que él consideraba comedia; en esos casos, el mayordomo, de pie detrás de su amo, señalaba al público cuándo debía reírse. Sin embargo, Nerón prefería la tragedia, y, cuando se daba a ella, que era casi siempre, las lágrimas de muchos entre el público eran genuinas, aunque no por el motivo que suponía el emperador. Se debían, sobre todo, al aburrimiento. Yo, en todo caso, no lloraba, porque no deseaba animarlo. En resumen: los banquetes del emperador debían ser considerados como lo incomible seguido por lo indigesto.

Y luego estaba la cuestión de los invitados. Nerón invitaba personalmente a unos pocos elegidos, quienes ocupaban

los puestos más cercanos al marco dorado y el cojín púrpura del sofá imperial, en el estrado que había en un extremo de la sala. Siempre eran los viejos amigos de costumbre: el elegante y persuasivo Séneca, cuyos halagos ridículamente aduladores Nerón se tomaba siempre al pie de la letra, y Burrus, comandante de la Guardia Pretoriana, que carecía de la habilidad de Séneca para suavizar los tópicos, pero lo compensaba con una lealtad obstinada. Y, junto a ellos, los actores favoritos del momento del emperador, los senadores que gozaran de su favor en ese momento y un puñado de los mejores poetas, músicos e incluso unos pocos historiadores de la capital. Y era buena idea tener a unos cuantos de éstos a tu lado, si no querías que la posteridad arrastrase tu nombre por el fango.

Los demás invitados formábamos un batiburrillo variopinto. Convocados a través de invitaciones de la corte que emitían los escribas del mayordomo, nos habían considerado adecuados para rellenar la lista de invitados. Eso incluía a senadores que no formaban parte del círculo íntimo y que pasaban gran parte del banquete mirando con ojos asesinos a los que se sentaban junto al emperador; a sus mujeres, todas con aire deprimido, ya que sabían que sus matrimonios concertados habían acabado obligándolas a respaldar a un caballo perdedor, y también a diversos jóvenes aristócratas o políticos en busca de fortuna... Y luego estaban los representantes menores de los círculos artísticos e intelectuales: filósofos desdeñosos, poetas con un éxito moderado, dramaturgos aspirantes a la recompensa lucrativa del patronazgo imperial, pintores y escultores que miraban por encima del hombro la decoración de la sala de banquetes y otros más. Esta última categoría me incluía a mí.

Cayo Placonio Felícito a vuestro servicio. Historiador.

Yo estaba en aquel banquete porque recientemente había completado la última de una larga fila de historias hagiográficas de familias nobles romanas. Había sido bien recibida,

en gran medida, porque el senador que me encargó la historia era lo suficientemente rico como para asegurarse de que se entregasen copias de la obra a todos y cada uno de sus pares del Senado. Como consecuencia, yo esperaba obtener unos cuantos encargos más en los meses venideros. Era un buen trabajo: se pagaba bien, y casi podía escribir semejantes historias aun estando dormido. Invariablemente empezaban con algún vínculo espurio con una figura legendaria del pasado de Roma. Si el encargo era lo bastante generoso, podía incluso descubrir un vínculo con algún personaje mitológico...: una deidad menor en el árbol familiar normalmente ponía una sonrisa en los rostros de mis clientes. A partir de ahí, era cuestión simplemente de ir buscando en los anales e insertando antepasados más o menos oscuros en los momentos clave de la historia de Roma. Os sorprendería cuántos de los antepasados de mis clientes representaron un papel vital ayudando a la enérgica defensa de Horacio en el puente Sublicio contra la horda etrusca de Lars Porsena, o dirigieron la carga para destituir a Tarquinio el Orgullosa. Pero la historia suele escribirse para aquellos que pueden permitírsela.

No diré que me encantaba ese trabajo, pero sí que me ganaba la vida cómodamente con él. Mi sueño era, algún día, escribir una historia de verdad; la historia de un héroe genuino, que no requiriese un constante embellecimiento de ficciones, grandes y pequeñas, para hacer más aceptable la historia. Naturalmente, había muy pocas figuras de las familias senatoriales de Roma dispuestas a pagar por un relato de sus vidas o las de sus antepasados con todo lo bueno y lo malo. Allí de pie, en el Senado, vestidos con sus bellas togas, hablaban de honor e integridad, aunque eran tan venales como el líder de cualquier banda callejera de Roma. No había soborno que no aceptaran para defender una causa, ni soborno que no estuvieran dispuestos a pagar para ascender políticamente ellos mismos, los miembros de su familia o sus

amigos. Se habrían apuñalado entre sí alegremente para conseguir ese objetivo.

Ese día, en el banquete, al ver las caras de los aristócratas que tenía a mi alrededor, me di cuenta de lo cansado que estaba de contar sus historias.

De repente, me fijé en un recién llegado a quien escoltaban a su sitio, no lejos del mío. Era un hombre alto, fuerte, con el pelo largo y gris sujeto hacia atrás con una simple tira de cuero. Llevaba un bigote poblado cuyos extremos le colgaban a los lados de la barbilla, y tenía las mejillas adornadas con unos tatuajes medio desvaídos en forma de remolino. Se veían más tatuajes en los brazos, debajo de las mangas de una túnica sencilla que se había sujetado con un cinturón. Imposible imaginarse a un individuo que tuviera más aspecto de celta, y eso allí llamaba tanto la atención como una polla balanceándose en un festival de eunucos. Ocupó su asiento entre los senadores e invitados de menor categoría, como yo mismo, lo que significaba que disfrutaba de un cierto estatus social. Me llamó la atención porque no lo había visto antes. Sin embargo, cuando apareció, muchos intercambiaron con él un gesto o lo saludaron con una mirada despectiva. Por tanto, sí lo conocían en los círculos sociales y no era ningún gorrón que se hubiese colado y que, sin saber cómo, hubiese conseguido pasar entre los pretorianos de guardia en palacio. Pero, por lo que parecía, no era bien recibido por todos.

Me acerqué a mi vecino, un filósofo estoico menor que acababa de servirse un vaso grande de vino de Falerno y masticaba un pastelillo relleno de carne de ternera picada.

—Ese hombre... —Hice un gesto discreto hacia el recién llegado—. ¿Sabes quién es?

El estoico se volvió y asintió. Masticó rápidamente y tragó antes de hablar.

—Lo conozco. Bueno, más bien sé cosas de él. Es britano. Fue el líder de las tribus que alzaron las armas contra nuestras

legiones cuando invadimos la isla, durante el reinado de Claudio. Nos dio un poco de dolor de cabeza durante casi una década, y luego lo derrotaron y lo trajeron a Roma. Se suponía que lo iban a ejecutar en el Foro, junto con su familia, pero resultó ser un orador muy elocuente, halagó al viejo Claudio... y se les perdonó. Se les dio una casa y una pensión para que pasaran sus días en el exilio. Nunca se les permitirá abandonar Roma.

Conforme el filósofo hablaba, recordé algunos detalles de sus hazañas. Hizo algo más que dar un poco de dolor de cabeza...

–No recuerdo su nombre. ¿Y tú...?

–Carataco –dijo el estoico–. Al menos, así lo llaman aquí. Imagino que debe de tener algún nombre espantoso e impronunciable en su lengua nativa.

–Carataco –susurré yo. Se despertaba en mí un primer atisbo de curiosidad. Si aquél era el hombre que había logrado desafiar a Roma durante tanto tiempo, seguramente tendría una interesante y curiosa historia que contar.

Lo vi tomar algo de comida de las bandejas que tenía delante, en la mesa. Dos sofás más allá, más cerca de Nerón, un musculoso y joven aristócrata vestido con una túnica de un azul intenso era el centro de atención de una pequeña multitud de amigos de edad similar. Todos ellos, de poco más de veinte años, se mostraban con la jactanciosa arrogancia y la confianza propia de su clase social y edad. Además, eran muy ruidosos, y capté algunas de sus bulliciosas bravatas tratando de ridiculizar al celta. Pero Carataco sólo les dirigió una breve mirada que no traicionaba sentimiento alguno y volvió a su plato.

–¡Tú! ¡Amigo bárbaro! –lo interpeló el joven–. ¿No sabes que es de mala educación llegar tarde a un banquete?

El britano no respondió, ni reaccionó siquiera, y siguió masticando mientras perdía la mirada en el gentío.

–¡Que te estoy hablando! –El cabecilla se incorporó y señaló con un dedo al celta–. ¡Mírame cuando te hable!

Había elevado lo suficiente la voz como para que los invitados más cercanos cesaran en sus conversaciones y se volvieran hacia él. Como una oleada, el silencio se extendió a ambos lados de la sala de banquetes. Consciente de que todas las miradas se centraban en él, el joven se incorporó en su sofá, puso las manos en las caderas y respiró hondo.

–Te estoy llamando a ti, bárbaro. ¿Cómo te atreves a ignorarme? ¿Sabes quién soy, maldito seas?

Entonces el celta miró hacia un lado, y juro que vi un ligerísimo asomo de sonrisa en sus labios antes de replicar con una voz clara en la que resonó un acento muy leve:

–¿Por qué, amigo mío? ¿Te has olvidado?

Quizá fuera la bebida o quizá la innata estupidez de su clase. El joven inspiró con fuerza y se llevó el pulgar al pecho.

–¡Marco Lucrecio! Hijo del senador Marco Lucrecio Saper. Y te desafío por tu falta de respeto hacia nuestro emperador. Tú, escoria bárbara, tienes que aprender modales.

Sus amigos lo vitorearon, pero yo vi un brillo en los ojos del britano, que había dejado de comer y, con mucha calma, se volvía para encararse con el joven.

–¿Quieres pelear conmigo?

Lucrecio se echó a reír.

–Sí. Quiero pelear contigo y machacarte. Si tienes las pelotas de enfrentarte conmigo.

–Eso es ir un poco demasiado lejos, amigo romano –repuso Carataco, levantándose del sofá e irguiéndose en toda su estatura. Entonces anunció–: Acepto tu desafío.

Al final del salón el emperador y su mayordomo miraban la confrontación, aunque parecían enfrascados en una conversación seria. En ese momento, el último golpeó con la contera de metal de su bastón de mando en el suelo de mármol.

–¡Atención! –aulló–. ¡Atención, oídme todos! Su majestad imperial permite a Marco Lucrecio que dé una lección al exiliado. ¡Despejad el terreno!

Y el mayordomo señaló hacia el espacio frente al estrado, donde algunos artistas se estaban preparando para actuar. De inmediato, éstos se retiraron a los lados con la cabeza gacha, al tiempo que un optio pretoriano, encabezando a una sección de sus hombres, señalaba la zona de combate. Al momento, Lucrecio saltó del diván y se dirigió hacia el estrado, y vi cómo Carataco, tras suspirar, lo seguía. También los demás invitados se pusieron en pie y se acercaron al estrado para tener una mejor perspectiva. Los senadores, que eran los que estaban más cerca, tenían las mejores vistas, pero yo tampoco quería perderme la acción, de modo que me subí a la mesa y, con cuidado, aparté algunas bandejas con el lateral de las sandalias para afianzar la pisada y contemplar la pelea. Otros siguieron mi ejemplo.

Tras abrirse paso entre los senadores, Lucrecio entró en el espacio abierto, se acercó al estrado respetuosamente e inclinó la cabeza hacia Nerón. Por su parte, Carataco también se abrió camino entre la multitud, hostil en su mayoría, ignorando los insultos susurrados e incluso el escupitajo que le soltó un anciano aristócrata. Se secó el escupitajo con el dorso de la mano, y luego se desplazó por el improvisado escenario hasta quedar de pie junto a Lucrecio; también él, entonces, inclinó la cabeza como saludo. Nerón lo contempló con una sonrisa y se levantó para dirigirse a la multitud.

–¡Romanos! ¡Amigos! Tenemos una inesperada aportación al programa de entretenimientos esta noche.

Hubo sonrisas y carcajadas, y Nerón dejó que resonaran un momento, pero pronto levantó las manos pidiendo silencio.

–El joven Lucrecio se ha adelantado valientemente para defender el honor de Roma, impugnado por la tardía llegada

de este exiliado bárbaro. Es hora de que recordemos a este britano el valor de los modales civilizados, ahora que ha aceptado el desafío de Lucrecio. He decidido que esta lucha se dirima con los puños desnudos, y el ganador será aquel que consiga la sumisión de su oponente. ¡A vuestros puestos, romano y bárbaro!

El alboroto circundante demostró la excitación del público cuando Lucrecio se acercó a la derecha del emperador, retorciendo los hombros; movió la cabeza de un lado a otro y apretó las manos hasta formar puños. Tenía un físico realmente potente, y pensé al instante que era uno de esos aristócratas vanos que valoran el músculo antes que el cerebro. Se consideran tan duros como gladiadores, con el privilegio de no tener que enfrentarse nunca a los peligros de salir a la arena. Sus antebrazos eran gruesos y musculados, y su cuello formaba un ángulo desde la línea de la mandíbula hasta los hombros. En contraste, Carataco, que doblaba en edad a su oponente, era esbelto y fibroso. Lo sentí por él. Tras perder su reino y ser capturado y arrastrado a Roma, donde se vería obligado a pasar el resto de sus días, ahora su sufrimiento se vería aumentado por una paliza. Por su postura ligeramente encorvada y la expresión de cansancio de su rostro, temí que ya se hubiera resignado a la derrota.

—¡Cincuenta sestercios por nuestro chico romano! —chilló el estoico que acababa de subirse a mi lado—. ¿Alguien acepta la apuesta?

Aunque los rostros se volvieron hacia él, nadie contestó, tan seguros estaban del resultado. En otras circunstancias, yo habría seguido su ejemplo, pero, ahora que había acabado mi último trabajo, mi bolsa estaba llena de plata y tenía un palpito con aquel bárbaro. Había algo en Carataco, algo en la forma que tenía de comportarse, de moverse, que indicaba una confianza plena en sí mismo. Y, además, me sentía ciertamente osado.

–Yo acepto la apuesta.

Nos estrechamos las manos en el momento en que los dos hombres se situaban en lados opuestos del espacio abierto y los pretorianos bajaban las lanzas hasta colocarlas horizontales, para marcar la línea imaginaria que no podían cruzar los espectadores.

–¡Preparados para luchar! –gritó el mayordomo.

Lucrecio se inclinó hasta quedar medio agachado y bien equilibrado, manteniendo ante él los puños cerrados. Enfrente, Carataco dejó caer los brazos a los lados, con un aire casi despreocupado.

–¡Por el honor de Roma! –exclamó Nerón, e hizo un guiño a Lucrecio.

Eso era lo que me inquietaba. Aquella pelea había sido instigada deliberadamente desde el momento en que Carataco había llegado tarde. Lucrecio debió de recibir la orden de Nerón exigiendo la humillación del exiliado, y ahí estábamos, esperando a que empezase la acción. Nerón levantó una servilleta y esperó hasta tener la atención de ambos hombres. Luego agitó la tela en el aire y chilló:

–¡Empezad!

–¡Aaaaaaaaarg! –aulló Lucrecio como un animal salvaje abalanzándose sobre el britano con los puños prestos a caer sobre su oponente.

Carataco se plantó sobre ambos pies y levantó las manos para recibir el ataque del aristócrata con expresión fría y calculadora. Mantuvo las manos abiertas, con las palmas, mientras Lucrecio se acercaba y, en el último momento, dio un paso a un lado con agilidad, paró el primer puño con su antebrazo, y con la derecha, pivotando al mismo tiempo sobre el pie que tenía delante, arrojó todo su peso en el golpe. El puñetazo dio en las costillas a Lucrecio, cerca de la axila, y éste, al notar el impacto, se desequilibró y trastabilló unos cuantos pasos, luchando por recuperar la estabilidad. Se oyeron gruñidos en

la multitud, y Carataco retrocedió un poco, sin dejar de mirar fijamente al otro combatiente. El puñetazo habría hecho caer a un hombre distinto, pero Lucrecio estaba en forma y era fuerte, así que escupió en el suelo y volvió a acercarse, ahora más cautelosamente, con los puños y los antebrazos levantados para protegerse la cabeza.

—Así mejor, hijo. —Carataco se dirigió a él como un profesor que anima a un estudiante joven—. Mantén la guardia alta, así. Y vigila cualquier gesto de ataque...

Y, al mismo tiempo, el britano atacó con la bota delantera. Lucrecio miró hacia abajo e hizo ademán de apartarse a un lado, lo que proporcionó a Carataco el espacio libre necesario para golpear. Lanzó el puño izquierdo en un gancho, y, cuando Lucrecio se movía para bloquearlo, Carataco retiró el puño y atacó con la derecha, un golpe fuerte directo a la mandíbula que mandó al romano hacia atrás, aturdido.

—¿No te he dicho que mantuvieras la guardia alta? ¿Y el juego de pies? Te estás comportando como un novato inútil. Piensa antes de moverte.

Hizo una finta de nuevo, y Lucrecio bloqueó el falso ataque y amagó a su vez, antes de lanzar un gancho brutal. Carataco paró el golpe con facilidad y retrocedió un par de pasos para tener más espacio. El público vitoreaba a su hombre; algunos de ellos furiosos ahora que el bárbaro lo había golpeado dos veces con total impunidad. En el estrado, Nerón empezaba a fruncir el ceño, y sus labios estaban apretados en una fina línea.

—Una última cosa —sonrió Carataco—. La oportunidad.

Se echó hacia delante y amagó un golpe a la cara de Lucrecio. Instintivamente, éste levantó el antebrazo, y entonces Carataco le asestó una oleada de golpes en el costado, hasta que Lucrecio consiguió ponerse en guardia y salvaguardarse. Entonces, el britano le lanzó un potente derechazo en la nariz, y la cabeza de Lucrecio salió despedida hacia atrás con un

crujido audible. El romano se balanceó unos instantes, y Carataco saltó ágilmente a un lado y otro frente a él.

—¿Estás preparado ya para empezar a luchar, chico?

Ardiendo de humillación y rabia, Lucrecio se abalanzó sobre él agitando los puños salvajemente. Esta vez consiguió impactar en el hombro de Carataco con la izquierda, tan fuerte que casi lo hace volverse, pero pronto éste se recuperó y empezó a parar y rechazar la lluvia de golpes que estaba recibiendo. Mientras tanto, Lucrecio, cada vez más frustrado por las evasivas del britano, iba consumiendo toda su energía; se echó un poco hacia atrás al fin, y ambos se contemplaron el uno al otro con aire cansado.

—Ya nos hemos divertido suficiente. —Carataco se aclaró la garganta—. Es hora de poner fin a la lección.

Dio un paso hacia delante, moviendo los puños en arcos pequeños para distraer a Lucrecio. Luego, acercándose más, se agachó y lanzó un gancho de derecha a la rodilla del romano. Y entonces vi cómo la articulación se movía hacia un lado, y al momento siguiente Lucrecio lanzó un aullido de dolor y cayó de rodillas.

—¡Ríndete! —exclamó Carataco, en voz alta—. ¡Dilo, dilo en voz alta!

Por el contrario, Lucrecio dio unos manotazos y falló en su objetivo.

—¡Ponte de pie y pelea, maldito!

—Un hombre debe saber cuándo lo han derrotado.

Carataco se acercó y le lanzó dos golpes con la izquierda, y luego disparó hacia él la derecha con tanta rapidez que no fui capaz de seguir el movimiento. Lucrecio cayó hacia atrás de espaldas, con los brazos extendidos; su pecho agitado trataba de no perder la respiración. Carataco se agachó, con una marcada inferencia en el rostro y lanzando una mirada salvaje de triunfo a su enemigo derrotado. Fue sólo un momento, pues enseguida recobró la compostura, y sus rasgos adoptaron

una expresión de frío desdén. Levantó los puños y exclamó desafiante a la audiencia silenciosa que lo rodeaba:

–¡Soy Carataco! ¡Rey de la tribu de los catuvelaunos y señor de la guerra de Britania! ¡Reclamo mi victoria!

Sus palabras hicieron eco en las paredes. El emperador y sus invitados lo miraban en silencio. Noté la ira y la violencia tan claramente como si la sala se hubiera llenado del hedor de una curtiduría. Al poco, Nerón se incorporó y señaló con un dedo gordezuelo a Carataco.

–Tú eres un prisionero de Roma. Y aquí te quedarás, exiliado de tu tierra natal, hasta que mueras. ¡Eso es lo que eres! No lo olvides nunca, bárbaro.

Y, tras decir eso, el emperador se dio la vuelta y se escabulló por la puerta que había en la parte del fondo de la sala, hacia sus aposentos privados. Cuando desapareció, toqué con un dedo al estoico con el que había apostado.

–Me llevaré mis cincuenta sestercios ahora.

Una vez nos bajamos de la mesa, en cuanto él hubo abierto su bolsa y contado mis ganancias, le di las gracias con un gesto y me volví en busca del britano. Había vuelto a su sitio a acabar ya con los restos de su comida; se estaba ya poniendo el manto cuando llegué junto a él. Por un instante, nos miramos fijamente.

–Nunca había visto luchar así –exclamé, admirado–. ¿Dónde demonios aprendiste a pelear de esa manera?

Carataco esbozó una sonrisa leve y amarga.

–Aquí, en Roma. En el gimnasio de los baños de Atilo, en el Aventino, al final de la calle donde nos alojamos ahora mi familia y yo. Un hombre sabio siempre está dispuesto a aprender de aquellos que son mejores que él. Y ahora, si no te importa, ya he estado demasiado tiempo aquí y no soy bienvenido. Debo marcharme.

Sin esperar una respuesta, se dio la vuelta y se alejó. Lo vi perderse de vista con el corazón latiendo de emoción. Al fin

había encontrado mi historia real, al héroe cuyas hazañas debía escribir. Pero primero tenía que convencerlo de que me las contara, para luego poder comprometerme en su escritura y por tanto probarme a mí mismo que era tan merecedor del título de «gran historiador» como Carataco era del de «señor de la guerra» de Britania.

–Mañana –murmuré, para mí mismo–, haré una visita a los baños de Atilo.